



NÚM. 139

BARCELONA, 4 ENERO 1902

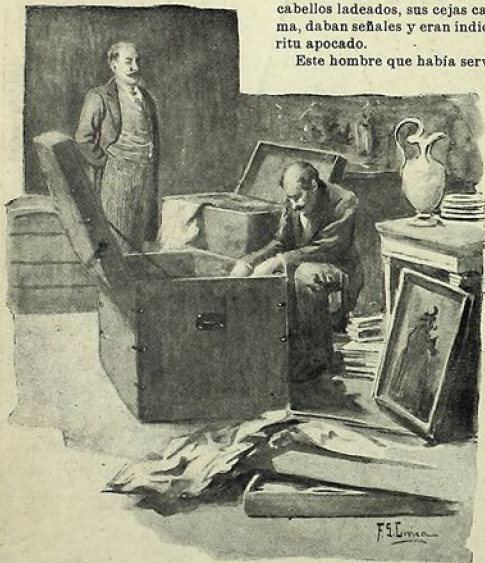
25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

## PAGINAS DEL SIGLO

Nombraron gobernador de una provincia de España á un señor Don Leonardo á quien llamaban el *Magnífico*, porque todo era en él pomposo y relumbrante: su voz campanuda, su abdomen esférico, sus ademanes dramáticos, sus dedos con sortijas, su alfiler con perlas y su cabello con ondas, contribuían á dar majestad y realce á su persona en cuyas manos el bastón de gobernador tenía destellos de cetro imperial.

El ordenanza del gobierno era en cambio el prototipo de la humildad; andaba ordinariamente de puntillas y encogido, temiendo ser molesto y avergonzado de ocupar un lugar en el espacio; se sonreía siempre haciendo signos afirmativos con la cabeza, cuando se le hablaba, por terrible que fuera lo que se le dijese; y su calva vergonzante, mal arrebozada entre sus cabellos ladeados, sus cejas caídas, su bigote lacio y su nariz roma, daban señales y eran indicios de su alma tímida y de su espíritu apocado.



Este hombre que había servido á ochenta y tres gobernadores y que estaba acostumbrado á sus desplantes y á sus voces, temblaba cuando el *Magnífico* requería su presencia, haciendo sonar el timbre de la antecámara.

Tadeo, que así el ordenanza se llamaba, era un hombre honradísimo; tenía en su poder un inventario de todos los muebles y objetos del Gobierno Civil, entre los que había una vajilla de plata, y de cuya custodia y conservación era responsable.

Sucedió, pues, que á consecuencia de una crisis total y de un cambio de gobierno se vió el *Magnífico* en el trance doloroso de presentar la dimisión y de encerrar su bastón con borlas en unauntuosa caja de ébano que parecía el ataúd de sus vanidades y de su magnificencia.

Resignó el Gobernador el mando en el Secretario y ordenó á Tadeo que le hiciera el equipaje encerrando en sus baules cuantos objetos de va-

lor hubiera en el Gobierno, incluso la célebre vajilla de plata. Al escuchar Tadeo aquella orden quedó aterrorizado; se le congestionaron los ojos é invadió todo su cuerpo un temblor convulsivo.

—Señor... la vajilla...—murmuró.

—Sí; todo,—respondió, con naturalidad el *Magnífico*, en tanto que con las manos en los bolsillos media á grandes trancos las salas del Gobierno, haciendo crujir las botas de charol.

Tadeo estaba de pie, con la cabeza baja y los brazos caídos; mirando los cofres que con las tapas abiertas parecían dispuestos á tragárselo todo y la vajilla de plata que relucía á través de los cristales del aparador.

De buena gana Tadeo hubiera dicho al Gobernador que él no podía hacerse cómplice del robo de la vajilla cuando precisamente era su misión custodiaria bajo su responsabilidad; pero ¡como era posible que él, el humilde Tadeo, llamase ladrón al *Magnífico*, al esplendoroso representante del poder central, á uno de aquellos relámpagos de autoridad que fulminaban en el Gobierno Civil!

Mientras el pobre Tadeo se sumergía en estas reflexiones, exclamó el gobernador imperiosamente:

—¡En que piensa usted, hombre! Dese usted prisa; no hay que perder un momento.



El pobre ordenanza dobló y guardó la ropa y después, una tras una, mientras daba grandes suspiros, metió en los cofres las piezas de plata de la vajilla, y al fin, entregó las llaves al gobernador.

—Ahora,—dijo el *Magnífico*,—vaya usted á buscar dos carros para los cofres y un coche para mí. Voy á facturar el equipaje en gran velocidad.

Obedeció Tadeo los mandatos del gobernador y, después de cumplidos, se sentó en un banco de la plaza para meditar sobre el partido que debería seguir. ¡Nunca se habían agolpado tantas ideas bajo su menguado cráneo; jamás había sentido tan amargos trasudores ni tan hondas inquietudes! Por fin, se dirigió á la casa del presidente de la Diputación á quien dijo todo lo que había sucedido.

El Presidente, correligionario del Gobernador y cómplice suyo en otros manejos, respondió que nada tenía que ver en el asunto y que si se había cometido un robo en el Gobierno Civil, la cuestión era exclusiva competencia del juzgado.

El infeliz Tadeo tomó como un consejo lo que era una habilidosa inhibición, y, presentándose al Juez tuvo alientos bastantes para delatar al *Magnífico*.

La autoridad judicial mandó detener el equipaje del gobernador, se incautó de la vajilla, é instruyó el correspondiente proceso, en cuyas declaraciones, el gobernador dimisionario hizo constar que nada sabía respecto de la vajilla puesto que el ordenanza fué comisionado de hacer el equipaje y metió en los cofres los objetos que le parecieron ser de pertenencia del gobernador.

Antes de que declarase Tadeo, se le presentó un alguacil del juzgado diciéndole que le era forzoso conferenciar, inmediatamente, con un diputado, caci que importante de la provincia.

Tembló Tadeo al encontrarse en frente de aquel personaje que era tan *magnífico* como el gobernador, el cual le dijo que era forzoso salvar el prestigio del partido y la honra de un hombre importante comprometido por una equivocación y que por lo tanto si no quería que le dejaran cesante debía declarar que, pensando que la vajilla era del Gobernador la había metido en su equipaje.

Por el pronto las cosas permanecieron en este estado, y la tramitación de la causa quedó en suspenso; pero á los dos años, cuando el *Magnífico* volvió á ser gobernador de otra provincia, se reanudó el proceso exigiendo á Tadeo la responsabilidad consiguiente por haber introducido á "sabiendas en" el equipaje del Gobernador una vajilla de plata que le constaba que era del Gobierno Civil, sin duda con la intención de desprestigiar á este personaje haciéndose instrumento de las venganzas de sus enemigos políticos que á la sazón estaban lejos del poder. En vano protestó el infeliz Tadeo, en vano quiso declarar la verdad tartamudeando porque es lo cierto que dió con sus huesos en la cárcel embrollado en las redes de tantas infamias y miseria.

El infortunado Tadeo sintió en la cárcel que se entibaban y se desfallecían dentro de su alma los sentimientos de honradez y justicia que siempre le arraigaron en ella, y habiendo ya perdido toda confianza en la equidad y en la virtud de los hombres, se entregó voluntariamente á la invasión de la lepra moral que conoce la vida de las sociedades decadentes, donde los espíritus más enérgicos y más puros son también víctimas del universal contagio. Sin embargo, un día, desde la reja de su celda, vió cruzar por la fronteriza calle, en un soberbio coche al célebre *Magnífico*, displicentemente arrellanado, en compañía de otros tan *magníficos* como él y sintiendo de golpe el infeliz Tadeo el resurgimiento de su honrada herida y de su inocencia vilipendiada, se agarró á los hierros y exclamó con voz de trueno:

—¡Ladrón, ladrón, ladrón! ¡Tú eres quien deberías estar aquí!

Aquella noche castigaron á Tadeo por insultar desde su celda á los honrados transeúntes.

RAFAEL TORRONE







Pedro Grolleron: EL SARGENTO TANVIRAY ARRANCANDO LA BANDERA DE LA MANO DEL MUERTO  
EN MEDIO DE UN DILUVIO DE BALAS (Guerra franco-prusiana)



# ANDIDEZ

Un enjambre de curiosos acompañó á los recién casados desde la iglesia á la calle. La chiquillería mendicante moviase con ligereza de aquí para allá, escoltando por turno á cada uno de los invitados. Y era de oírles dar al aire promesas de ventura para el matrimonio, á trueque de las monedas de cinco céntimos que recibían. Los mendigos viejos quejábanse al

pedir, enumerando con lenta voz sus infortunios: la mujer paralítica, el hijo lisiado, ó la madre enferma y desvalida. Una mujer todavía joven solicitaba las compasivas miradas de la gente con una úlcera enorme á flor de piel en el pecho.

La comitiva, parada en medio de la acera, parecía aguardar que el matrimonio decidiese el momento de emprender la marcha. Era la novia una muchacha rubia, de cuya edad velaban el secreto los afeites; más bien baja que alta, de rostro marchito, y ojos de pupila gris y apagados. El hombre que venía de emparejar con ella delante de un sacerdote, la sobrepujaba en edad, sin sacarla ventaja de gentileza. Podría tener cincuenta años, y ni el marcial contoneo de sus andares, ni la vistosa gala del uniforme que lucía, hubieron podido hacerle un interino préstamo de juventud. Lo más simpático de su persona era la

cara; una cara avellanada y risueña, de cuyos lacios mofletes pendían dos patillas raras y canosas.

—¿Señores, qué esperamos?—exclamó el recién casado volviéndose hacia sus acompañantes.

—Ha entrado mi marido en la sacristía á ultimar una formalidad,—repuso la madrina, una señora gruesa que parecía renovar en aquel instante la emoción alegre de su boda.

Tres coches alineados junto á la cuneta de la calle, esperaban sin visible impaciencia de los caballos, la señal de partir. Las resignadas bestias apenas si quebrantaban su quietud sacudiendo de vez en cuando las colas para responder á la porfiada hostilidad de las moscas.

La permanencia de la comitiva en la calle era un acicate para la curiosidad de los que pasaban. A ello se debió el que primero se formase un grupo enorme que cercó al matrimonio y á sus acompañantes y que luego aquel grupo se fraccionase en corrillos de personas que comentaban los detalles de la boda.

—¿A ti te ha saludado él?—decía un individuo á otro.—¿Quié es?

—Un coronel de infantería de marina retirado. Lo conozco de verlo en el casino militar.

—¿Que concurrencia de casarse á su edad!

—¿Que te sorprende? Ahí donde lo ves no tiene más de cincuenta años.

—Pues aparenta algunos más. De todos modos, el casarse un viejo me parece un fraude á la naturaleza... Esa mujer no le pertenece...

—Según como se entiendan los derechos de la naturaleza. Hemos dado en atribuirle un sentido que acaso no tenga. Yo soy de los que creen que la naturaleza no se propone nada... La prueba de ello está en que ese hombre y esa mujer se han unido para siempre. ¿Crees tú que tal unión puede responder á un secreto designio de la naturaleza?

—No me convences,—replicó el otro, denegando con la cabeza y con el gesto.

—Ese matrimonio tiene mucho de ridículo.

A una señal del coronel la comitiva se instaló en los coches, que emprendieron carrera hacia los Vi-



veros. Los curiosos siguieron con las miradas la dirección que tomaban los carruajes. Solamente cuando estos se hubieron perdido á lo lejos, se disolvieron los grupos.

—Ese coronel es un creyente en el matrimonio,—insinuó el joven que se había quedado con la palabra suspensa.—No debe extrañarte que se case. La fe absuelve de todo... hasta del disparate...

—A los cincuenta años, la fe en el matrimonio es una confesión de tontería...;

—¿Querrás creer que el coronel es nombre de historia? Lo asombroso de su vida es que jamás ha encontrado motivos bastantes para dejar de ser correcto. El que me contaba estas cosas, le conocía bien.



Eran compañeros de armas. El coronel casó muy joven en Cuba. Siendo, como es, vehementemente y crédulo calculó que pasión lograría infundirle una criolla hermosa. Transcurridos tres años, descubrió el hombre que su mujer le engañaba... ¿Te figuras que adoptó resoluciones trágicas, que injurió ó mató á alguien?

Nada de eso. Cuando tuvo la certidumbre de que su lealtad no

era correspondida, recogió sus ropas, hizo la maleta y se trasladó á Filipinas sin despedirse de nadie. Quería locamente á su mujer, y acaso temiese que una explicación lo desarmara. Nadie, ni aun los amigos más íntimos del engañado militar, recibieron de él una confidencia dolorosa. Calló su pena como había callado su dicha, limitándose á disponer que el ministerio de Marina facilitase á la esposa del coronel Morales la mitad de su paga...

—¿Conociste tú á esa señora?—interrogó el que escuchaba.

—De vista, no. Me han hablado de ella ponderándome sus atractivos. Era bajita, rubia, con grandes y melancólicos ojos grises y mucho ingenio en la conversación.

—¿Claro está que para que el coronel se casase ha sido menester que la otra se muriera?—añadió el joven, seguro de que preguntaba una tontería.

—¡Naturalmente!—Se murió alcoholizada. Por lo visto era una de esas mujeres que con apariencias de ideal delicadeza ocultan un insaciable fondo de depravación.

—Lo extraño es que después de eso se haya atrevido el coronel!...

—Pues cítrate de sorpresas. ¿Quién te dice á ti que no se ha casado con esta por su semejanza física con la otra? El amor es capaz de esas resurrecciones... Después de todo, ya te he dicho que el coronel Morales es un creyente del matrimonio. Cada uno pone su fe en un altar distinto...

—Lo cual no evitará que el coronel se vea precisado á emprender otro viaje á Filipinas. Y si no al tiempo.

Rieron entreabrazados amigos la frase, y al llegar á la Puerta del Sol, se separaron con un afectuoso apretón de manos.

MANUEL BUENO

## REMEDIO INFALIBLE

Tísico rematado  
está el pobre Miguel,  
y el doctor que le asiste  
que un sabio piensa ser,  
con gran pedantería  
le dijo cierta vez;

—Si en mis manos se entrega  
yo bueno le pondré.

¡Oh! Mi ciencia es muy vasta  
pues dispongo de cien  
fórmulas diferentes,  
que poco he de valer,  
si ensayándolas todas  
alguna no nos dé  
el feliz resultado  
que hemos de apetecer.—

El pobre del enfermo,  
lleno de buena fe,  
confiado en sus manos



entregose, y después  
que hubo tomado cuantas  
pócimas tuvo á bien  
recetarle el galeno,  
se llegó á convencer  
que había empeorado.  
Convencido también  
el doctor de lo mismo,  
y temeroso del  
funesto resultado  
que preveía, le  
dijo así al enfermo:

—Lo que debe usted hacer  
es ir á mudar de aires.—

Pero el pobre Miguel  
le replicó enseguida  
con mucha sensatez:

—Como ya mi organismo  
está gastado, y sé  
que nadie evitar puede  
la inexorable ley  
que á morir me condena,  
opino, doctor, que  
en vez de mudar de aires  
¡debo mudar de piel!

† J. P. Sanmartín y Aguirre



## UN JOVEN HACENDISTA

Llegó á Madrid nuestro hombre tan escaso de años como de instrucción y de dinero, pero en cambio muy rico en ilusiones y en audacia; y como esta fuerza abre las puertas con más facilidad que el talento, logró forzar las de un periódico, en cuyas columnas desahogaba el joven todos los furores de la pacotilla ordinaria de cafés y tertulias, diciendo entre otras cosas, porque era dado á la economía política, que el dinero en España es cobarde y rutinario, porque sólo se emplea en el campo, en la usura y en papel del Estado, sin osar acometer las grandes empresas que en otros países son manantiales de prosperidad y de riqueza.

Cualquiera hubiera dicho que aquellos anatemas financieros eran hijos de un hombre experimentado y enriquecido en la fiebre de los negocios, apaleador de millones y trasegador de onzas, y nadie hubiera creído que procedían de un tal Periquito González, estudiante malgrado, haragancillo y mezquino, que vivía en una casa de huéspedes de la calle del Sombrerete, donde D.<sup>a</sup> Robustiana le daba, por la modesta suma de ocho reales diarios, un cuarto oscuro y una comida clara; tan clara, que apenas se veía en ella cosa alguna que tuviera jugo y sustancia.



Ocurrió cierto día, que entró D.<sup>a</sup> Robustiana más temprano que de ordinario en el cuarto de González para anunciarle que un sacerdote deseaba verle, con lo cual quedóse muy sorprendido el huésped, porque tenía sus pujos de libre-pensador y heterodoxo, y se jactaba de no conocer á otro cura que al de su pueblo, que era un hombre excelente, aunque no había leído á Fourier, á Carl Marx ni á Bastiat.

Era efectivamente el cura de Manchita (provincia de Badajoz), donde había nacido González.

Ilex; era el mismo D. Facundo, hombre alto, grueso, sano de alma y cuerpo, bondadoso, justo y digno ministro del Señor.

—¡Oh, D. Facundo, usted por aquí! Tanta honra por mi casa... Perdone que le reciba en este cuarto... Vivo aquí por compromiso... Esta gente me adora... pero voy á poner casa en la calle de Alcalá...

El joven González comenzó á darse importancia, diciendo que sus escritos le producían más de cincuenta mil reales al año, y que era envidiado por los mejores periodistas de España, etc., etc.

D. Facundo, que estaba acostumbrado á todo linaje de humanas pompas y vanidades, sonreía bondadosamente, llevando la cortesía al extremo de aparentar creer las fatuidades de González, y cuando pensó que había desahogado bastante su necia presunción, le dijo:

—Amigo mío, vengo á darle una buena noticia.

—Diga usted, D. Facundo.

—Usted recordará que D. Fermin del Molino era el administrador que su padre de usted tenía en el pueblo.

—Sí; lo recuerdo. Mi padre era tonto; se fiaba con incomparable candidez de los muchos vividores que le cercaban. Era además un pródigo: gastaba el dinero á manos llenas. Así se arruinó en poco tiempo, y...

—Respete usted más la memoria de su padre, hijo mío, porque usted no debe juzgarle, y mucho menos con tal acritud.

—Yo lo digo porque todo el mundo sabe...



—Vamos al asunto. El caso es que D. Fermín está muy enfermo. Se encuentra en ese trance en que los hombres miran más á su conciencia que á las cosas del mundo, y quiere arreglar sus cuentas en la tierra antes de disponerse á partir para el cielo.

—O para el infierno.

—Eso Dios lo sabe, pero su arrepentimiento le hace merecedor de nuestro respeto, y prueba de ello es que, no pudiendo restituir á su padre de usted cierta cantidad que injustamente le había retenido, me la ha confiado para que á usted se la entregue, y este es principalmente el objeto de mi viaje.

Apenas hubo pronunciado el padre Facundo estas palabras, cuando González se levantó nervioso y emocionado, y deteniéndose delante del sacerdote, le preguntó en voz baja:

—¿Y es mucho?

—Regular.

—¿Cuánto?

—Ocho mil duros.

Al escuchar esta cifra, estuvo Periquito á punto de desmayarse. Abrazó al sacerdote, compadeció á D. Fermín, bendijo á su padre, y tan atolondrado y aturdido estaba que no sabía ni qué decir ni qué hacer, ni encontraba más que medias palabras para expresar sus confusos pensamientos.

—Pero ¿es verdad? ¡Ocho mil duros!

—Sí, hijo mío; dame un recibo á nombre de D. Fermín, consignando en él que aceptas ese dinero como restitución hecha á favor de tu difunto padre, y en seguida te entregaré los billetes que traigo conmigo.

Con gran dificultad escribió Periquito su recibo, porque su pulso no le obedecía, las letras parecía que bailaban en el papel, y además de esto estaba mirando de reojo al sacerdote, que recontaba sobre la mesa un respetable paquete de billetes de Banco.

Recogió su dinero, entregó su recibo, salió el sacerdote, y en un momento quedó el hombre frente á frente de la fortuna que tenía encima de la miserable mesa de su cuartucho.

Aquello le parecía un sueño; miraba los billetes de Banco, y no daba crédito á sus propios ojos.

Cerró, con llave, la puerta de su cuarto, guardó el dinero en el cajón de la mesa, y acodado en ella, y con la cabeza entre las manos, comenzó á meditar acerca del destino que daría á aquella respetable suma.

El economista ya estaba en terreno práctico. Había llegado el momento de poner en acción su talento financiero; pero... ¡oh desencanto! no se le ocurrió nada, absolutamente nada, más que esconder aquellos billetes y tomar multitud de precauciones para no ser robado.

Era tan grande su preocupación, que se levantaba de la mesa sin abrir los labios y de la cama sin cerrar los ojos, porque unas veces le asaltaban temores de que alguien le arrebatará su fortuna, otras de que fuera pasto de las llamas; y cierta noche en que pudo conciliar el sueño por breves momentos, se despertó con sobresalto de que los ratones le royese los billetes.

No se atrevía á emplear su dinero en papel del Estado porque las guerras y revueltas políticas de España presagiaban una hecatombe financiera; no se resolvía á comprar fincas rústicas porque la contribución era cierta y la renta dudosa; ni se decidía á adquirir una modesta casa porque los terremotos, los incendios y las insolencias eran nubes que amenazaban llover sobre su caudal.

A él, que había defendido todo linaje de audaces especulaciones, le parecían entonces los negocios aventurados, inciertos, peligrosos, y muchos de ellos redes para pescar incautos; por todo lo cual,





aquel fustigador del dinero, aquel auriga de billetes de Banco que tantas veces los azuzaba para que se lanzasen á la plaza, dando voces terribles desde las columnas de los periódicos, era poseedor de un pequeño capital, tan pusilánime y mezquino, que no osaba salir del cajón de una mesa, donde lo tenía guardado bajo llave.

¡Qué hubieran dicho los lectores de sus artículos si hubieran descubierto aquel secreto!

Lo más terrible para González era que los peligros que arrostraba su capital oculto en su casa eran tan grandes como los riesgos que podría correr si lo sacaba de ella; y con todas estas zozobras é inquietudes, el desventurado no encontraba momento de reposo, y era él ser más desdichado del mundo desde que tenía los elementos necesarios para dejar de serlo.

En cierta ocasión leyó en un periódico cierto anuncio que, sobre poco más ó menos, decía lo siguiente: «A los capitalistas: Se coloca dinero en buenas condiciones, con todas las garantías necesarias para seguridad de los interesados.»

Apenas lo hubo leído, comenzó nuestro hombre á pensar en ello. —¿Qué será?— exclamaba. —¿Podré fiarme?— decía luego. —¡Afirmar que con garantías suficientes! Y al fin, como quien toma una resolución heroica, dijo: —Voy á saberlo.

Se encaminó González á la casa donde, según el periódico, residía el agente de negocios, y á medida que á ella se aproximaba era más grande la emoción del pobre muchacho, porque de aquella entrevista dependía, tal vez, su fortuna ó su ruina; la esperanza, el temor, los recelos, la ambición, el espanto que le daba el declarar por vez primera que tenía ocho mil duros, conturbaban su espíritu y excitaban sus nervios; por lo cual, cuando se vio ante el agente, comenzó á hablar tartamudeando, balbuceando, confuso y aturdido al ver las primeras dificultades de la empresa.

Apenas comenzó á hablar González, cuando el agente, que era muy astuto y maestro consumado en todo linaje de trapacerías, comprendió que había caído en sus redes un pobre diablo, y comenzó á atraerle y á fascinarle con la hermosa perspectiva de fabulosas ganancias. Le dijo que con ocho mil duros podía adquirirse una renta anual de sesenta mil reales, haciendo préstamos al comercio de Madrid, con la garantía de las mismas especies en que habían de invertir los comerciantes el dinero; le aseguró que las personas más respetables y distinguidas de la Corte se empleaban en este género de operaciones, si bien por evitarse disgustos y por excesivo pudor no daban su nombre y se valían de él para la ejecución material del negociado, mediante un modesto tanto por ciento que él percibía como justa recompensa de sus iniciativas y trabajo; y, en fin, con intento de acabar de convencerle, le enseñó un fajo de cartas suscritas por conocidos banqueros, comerciantes y bolistas, pagadas, escrituras, letras, muchos papeles con diversos y elegantes membretes, y que á González le parecieron las misteriosas entrañas de los negocios ocultos de Madrid. Para que cayera con más facilidad en la trampa, el agente le dijo que por el momento no podía realizar ninguna operación con él porque le sobraba dinero, pero que le tendría presente y le avisaría tan pronto como se ofreciese un buen negocio.

Salió de allí el buen González más aturdido aun: que había entrado, porque si á la ida eran grandes sus recelos y esperanzas, se habían multiplicado á la vuelta, y anduvo por las calles largas horas tropezando con los transeúntes, oprimiendo contra su pecho la cartera que ocultaba en el bolsillo interior de su levita, repleta de billetes, con tanto miedo de llevarla consigo como de dejarla escondida en su casa de huéspedes.

Más de dos semanas estuvo González siendo víctima de las zozobras y las inquietudes que la posesión de su dinero le causaba, y sin recibir aviso del agente de negocios; por todo lo cual resolvió visitarle de nuevo para emprender otro camino si aquel no le proporcionaba las anheladas ventajas que su imaginación le daba por seguras.

El agente le recibió con exquisita cortesía, le llevó después á casa de un notario, allí hablaron con un supuesto comerciante, se hizo una escritura con la garantía de ilusorios géneros que si en realidad existían, porque los vio González en una tienda, no eran propiedad de la persona que él imaginaba, y, en suma, con unos datos ciertos, otros fingidos, con algunas verdades y muchas mentiras, hizo el agente un inmundo y rateril amasijo en forma de ratonera, donde cayeron más de siete mil quinientos de los ocho mil duros que poseía el eminente hacendista.

No tardó mucho en descubrir la hilaza, porque habiendo ido en busca del agente no le halló, ni aun siquiera rastros de su agencia ni de su domicilio; y como le sucediera lo mismo con el comerciante y sus géneros, vio claramente que le habían entre todos estafado; y trémulo de ira, con el pecho palpitante de angustia volvió á su humilde casa de huéspedes, y se acostó en el lecho miserable para llorar en plena soledad, y á su sabor, la prematura muerte de su adorado capital y de sus halagüeñas esperanzas. ¡Oh, cuán horrible morólo! Entonces fué llegada la ocasión de dar rienda suelta á su maldicióndora lengua; entonces fué el momento de desahogar el pecho con suspiros y lágrimas y juramentos rebosantes de cólera; entonces fueron los lamentos y el renegar de esta sociedad podrida y malvada que era tan santa y buena pocos días antes, cuando le brindaba la esperanza de cobrar tres mil duros de renta, con ocho mil lanzados á la usura; entonces brotaron de sus labios amargas recriminaciones á lo divino y á lo humano, tropezando algunas veces en su candidez y ambición, que habían sido las causas esenciales de tamaña catástrofe.



Abrumado con su dolor y lleno de estas ideas quedó el pobre dormido, y vió en sueños que delante de sí tenía grandes montones de dinero; pero no eran las monedas ni de oro, ni de plata, ni de otro metal cualquiera, sino de azúcar, y sobre ellas se lanzaban multitud de moscas, goluméandolas con sus golosos aguijones. En tanto que González procuraba cerrar la habitación para que allí nadie entrase, ellas penetraban por debajo de las puertas, por las ventanas, por todas partes, haciendo presa en el dinero y mermándolo con su terrible asedio. Entonces Perico soñó que, acercándose á las moscas, comenzó á espantarlas con grandes voces y manotones, y á comerse las monedas, mientras exclamaba frenético y nervioso:

—Puesto que el dinero, si no se lo come su dueño se lo comen los extraños, me lo voy á comer yo.

Despertó al siguiente día, y comenzó más tranquilo á pensar en el profundo sentido humano de su sueño, por lo cual, viendo que le quedaban todavía más de dos mil pesetas, se lanzó á la calle para gastarlas en su regalo y satisfacción. Mientras le duró el dinero, anduvo de jarana y de fiesta, diciéndolo cada vez que sacaba un duro del bolsillo. ¡Este me lo como yo, y no se lo tragan las moscas!

Hé aquí lo que suelen ser en la práctica los financieros teóricos.

RAFAEL TORRÓE



LA OBRA DE CRISTO: SIGLO XIX (Frontal de altar por W. Reynolds Stephens)

## HIJO DE VIUDA

UANDO Juanillo y su padre Anselmo volvían, en aquella mañana esplendorosa de abril, con dirección á su casa, después de haber sufrido el hijo el sorteo de quintos, la más profunda contrariedad se revelaba en el rostro de ambos.

Especialmente el padre, hombre como de cincuenta años, curtido en las rudas faenas del campo, venía cejijunto, con la mirada por el suelo, arrastrándose penosamente como si sintiera amagos de desmayo. Mostraba toda la cara, de puro pálida, verde.

El mozo no iba tan acongojado, pero sí también triste. Hacía constantes esfuerzos por consolar á su padre.

—Vamos; levante esa cabeza; no parece sino que me han condenado á muerte,—le decía.

—¡Es casi lo mismo, hijo mío!—le respondió.—Caer soldado, no se sabe si será para morir. Esta desgracia nos va á costar la vida, á mí y á tu madre.

Cuando llegaron á su casa y supo la *señal* Ana que su hijo Juan había sacado un número muy bajo, y que, por consiguiente, tendría que cargar con el fusil, se desahizó en llanto y no tuvieron término sus gritos.

Los días sucesivos fueron una continuada escena de dolor sombrío ó de desesperación desgarradora.

En las casas de los ricos, donde hay otras pasiones que el amor (como el egoísmo, la ambición, la gloria, los placeres mundanos), la separación de un hijo no siempre produce desgarramientos en el alma. Los hijos, además, suelen educarse lejos del techo paterno; y casi se



pasa la vida sin que padres é hijos se encuentren sino para tratar de intereses, hablando la mayoría de las veces más el odio ó el indiferentismo que la abnegación ó el sacrificio.

En las casas de los pobres sucede lo contrario. Allí los lazos de familia no se rompen nunca, antes bien se estrechan con más fuerza á cada instante, merced al común sufrimiento. El hijo no es amantado mercenariamente, sino con los propios pechos de la madre. El pan que se lleva á los labios es ganado con sudores y lágrimas. En las enfermedades, no hay manos extrañas que curen las heridas, que confeccionen las tisanas. Y como la miseria no puede pagar á eminentes doctores, en la salvación de cada enfermo, hay por lo menos tanto de carifio como de ciencia. Siempre queda en el fondo del espíritu del pueblo agradecido algo de creencia en el milagro.

Por eso, en el hogar de aquellos infelices, la ausencia del único hijo, hijo buenísimo, honrado, hermoso, y que además contribuía con su trabajo perseverante á las cargas de la existencia, había sido recibida como una desgracia tremenda.

—¡Jamás podré acostumbrarse á no verlo!—exclamaba la madre.

Y abrazaba locamente á su hijo, y se lo comía á besos. No se separaba un punto de su lado. ¡Nunca le había parecido tan guapo, tan adorable, ahora que iba á perderlo!

—No, no será nadie tan desalmado que arranque á un hijo de entre los brazos de una madre,—decía á cada paso.—Si te llevan, te seguiré á todas partes.

Y entregada á estas exaltaciones, transcurrieron varios días más, y entretanto se acercaba el trance fatal de entrar el mozo en caja.

El padre callaba, siempre sombrío y taciturno. Erale imposible librar á Juanillo, pues no disponía de dinero alguno, ni nadie le abría crédito careciendo de garantía positiva.

En su cerebro se desarrollaba, no obstante, una sorda tormenta.

—¡Si á lo menos fueran todos los quintos al servicio! Yo no tendría queja alguna. La patria es una madre, como otra cualquiera, y pide que se le concedan filiales deberes. Pero, es inicuo que sólo den su sangre por ella los pobres, mientras que los ricos se pasean, se divierten y se mofan de las más agnadas obligaciones.

Y al llegar á estas cavilaciones, el rostro de Anselmo se ensombrecía más y más, y sus ojos despedían resplandores siniestros.

—¡Si hubiera algún modo de salvar á mi Juan!—reflexionaba.—¡Si fuera, á lo menos, hijo de viuda!

Y en estas horribles torturas para los padres del quinto, se deslizó el plazo, entre el sorteo y la entrada en filas. La noche antes fué una noche espantosa. Varios amigos vinieron á despedirse de Juan, y con este motivo se reprodujeron las escenas dolorosas y las impotentes reprimendas.

A uno de los vecinos se le escapó decir:

—¡Si fuera Juan hijo de viuda!

Y el padre, repitió, en tono extraño:

—Es cierto. ¡Si yo no viviera!

Y con un pretexto salió al patio. A pocos momentos se oyó un disparo horrible. Acudieron presurosos todos, y vieron tendido en el suelo, bañado en sangre y el pecho destrozado por las balas de un trabuco, á Anselmo, el cual, en la agonía, pudo aun articular esta frase á Juan:

—¡Ya eres hijo de viuda!



JOSÉ DE SILES

Conforme anunciamos oportunamente, con el presente número, 139, recibirán los señores suscriptores y compradores de IRIS, bajo cubierta aparte, el primer cuaderno del album de regalo JOYAS DEL ARTE, y así sucesivamente en todos los números, por lo cual deberán reclamarlo si no lo encuentran adjunto al número de cada semana.





### CREPUSCULO VESPERTINO

Ven y siéntate á mi lado, vida mía,  
 que ya va muriendo el día  
 y el crepúsculo es la hora predilecta del amor;  
 ven y siéntate á mi lado que á esta hora,  
 todo es calma bienhechora,  
 y este ambiente me deleita con su aroma embriagador.  
 ¡Bella tarde! Mira el sol por Occidente  
 como baja lentamente  
 y á sus cárdenos reflejos todo es lleno de beldad;  
 mira el tierno pajarillo que en su nido  
 canta triste y conmovido...  
 conmovido por tan dulce y apacible soledad.  
 Todo es paz... ¡cuánta hermosura! ¿Ves el cielo?  
 Ya se extiende el denso velo  
 que nos dice que la noche sobre el día va á triunfar;  
 ¡mira, mira! Nos lo dice aquella estrella  
 que aparece, limpia y bella;  
 nos lo dice con su lento vacilante titilar.  
 Ven y siéntate aquí cerca... ¡bien cerquita!  
 que tu linda cabecita,  
 se recline en mi agitado palpitante corazón;  
 cerca, cerca, que perciban tus oídos  
 claramente los latidos;  
 los latidos que provoca mi frenética pasión.  
 Dices tú que yo estoy triste... sí, ¡bien mió!  
 también es del manso río,  
 melancólico á estas horas el constante murmurar;  
 y á estas horas en el bosque silencioso,  
 se oye triste y quejumbroso,  
 de las tiernas avecillas el postrero gorjear.

Es que toda la feraz Naturaleza  
 rebosante de belleza,  
 cuando llega este momento se despidе con dolor,  
 de ese sol rojizo y grande que allá lejos,  
 va ocultando sus reflejos  
 tras las cimas de los montes del paisaje encantador.

RAFAEL URZAY





Jho n B rg CUENTO DE AMOR

Con  
IRIS la

que an  
sado a  
Nue  
del esp  
novaci  
tro ser  
el card  
que de  
imprim  
que ho  
los orig  
que pe  
pintore  
bre pa  
import

Esta  
tomos  
página  
mo, y  
insigne  
dermos  
la últim  
la econ  
ducida  
pulerit  
el origi  
Hasta  
siguien  
El as  
Carlos  
Maga  
colliot.  
El te  
venson  
El cr  
L. Jaco  
Orso.  
El H  
Para  
nistrac  
za de T

Ac  
Mo  
Mi  
Del  
El  
De

LESE



# PEPITORIA

## ADVERTENCIA

Con el presente número empieza  
IRIS la publicación del album

## JOYAS DEL ARTE

que anunciamos al finalizar el pasado año.

Nuestros lectores podrán juzgar del esfuerzo que significa esta innovación, gracias a la cual nuestro semanario acabará de adquirir el carácter eminentemente artístico que desde su aparición procuramos imprimirle, restándonos solo decir que ha presidido en la elección de los originales el mayor cuidado en que pertenezcan a los más ilustres pintores, hasta bastar su solo nombre para enaltecer sobradamente su importancia.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinado del Puente Rojo*, por Carlos Barbará.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacolliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacolliot.

*Orso*, por Enrique Syenkiewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

Acabarán los imperios,  
Morirán naciones mil,  
Más perdurará la fama  
Del doctor LADIVONSIM,  
El vencedor de los callos,  
De los callos el Myo Cid.

## LOS JUGUETES EN FRANCIA

Según la estadística comercial de la vecina República, el pasado año exportó Francia por valor de 20 millones de francos de juguetes, y consumió en el interior, 35 millones; de manera que bien puede asegurarse que es un pueblo esencialmente juguetero. Estas cifras son tanto más asombrosas en cuanto los juguetes vendidos en el interior y exportados en 1860 solo importaban 3 millones y medio.

## EPIGRAMA

Federico se queja  
de su desgracia:  
y si no tiene penas,  
sale á buscarlas.

Como este hay muchos,  
que se afligen y engordan  
con los disgustos.

NEMO

## EL COLMO DE LA PREVISION

No hace mucho tiempo, hallándose un autor, en el escenario de uno de los teatros de París, muy ocupado en observar como recibía el público su nueva obra, se le acercó un sujeto rogándole le concediera una entrevista la mañana siguiente.

—¿Para que?—le preguntó el ilustre dramaturgo.

—Pues, sencillamente, porque nadie sabe lo que puede suceder; podríais moriros, y os quedaría muy agradecido si por espacio de algunos minutos consintierais extenderos en la cama, rodeado de flores, y dejaros fotografiar. Traeré las flores que queráis' Así en cuanto se anunciase vuestro fallecimiento podría comunicar á los grandes periódicos ilustrados: *M. X... en su lecho mortuario...*

El pobre autor no ha vuelto aun de su asombro.

La solución en el próximo número.

## SOLUCION

al pasatiempo del número anterior

Fuga de sílabas:—

Faltara papel y tinta  
si se escribiesen en libros  
las fatigas que se pasan  
para llegar al olvido.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. M. O.—Barcelona.—No es negligencia como usted supone, sino que teniendo en cartera unos tres millones y medio de cantares es difícil darles salida á todos con prontitud.

A. M. R.—Barcelona.—Se insertará todo, probablemente, pero antes es preciso darle los originales á un perito calígrafo para que los interprete y después vendrá el ponerlos en limpo.

P. de U.—Madrid.—Su *Instantánea* está muy bien tomada y la publicará con mucho gusto.

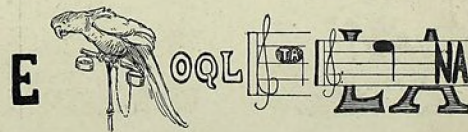
S. A.—Lérida.—Como al publicarse su artículo habrían pasado ya las Pascuas desde bastante tiempo, perdería la oportunidad.

S. A.—Máncora.—Aunque el cuento no es publicable, por no acabar de estar bien, con todo se ve que tiene usted ingenio y sentimiento, que ya es tener. Conque, no desanimarse, y adelante.

A. L. de C.—Lérida.—Se publicará.

SENTENCIA DOCTRINAL. por Novejarque

EL PLATON: ESPAÑA::



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid





# Dime con quien te casas... por Virdugo



Con Pepita Melaza  
una chica á quien amo  
con la pasión inmensa  
que Hero inspiró á Leandro.



Con Pepa una viudita muy retrechera  
de quien dice la gente no se que cosas...  
Yo lo que se es que tiene treinta mil duros  
y que está dilocada por mí persona.



Con doña Josefa Pérez  
hembra de sesenta abriles,  
pero alegre y vivaracha  
como una chica de quince.



Con Pepilla una moza rolliza y fresca  
á la que á honrá en el mundo no hay quien la gane  
y que hoy está sirviendo de ama de cría  
en casa de los condes del Alcázar.



Con la señá Pepa,  
la Desirpagatos,  
la horma que me falta  
para mis zapateas.



Por razón de mi cargo  
y ser un hombre grave,  
yo, Patricio Paraju  
nun me casu con nadie.